

LA VIRGEN DE LA CAMA

El convento de religiosas Franciscanas de Lerma, cuya fundación alcanza los tiempos de Felipe III, guarda en su pulcro monasterio recientemente remozado, una celda donde se venera a María Virgen yacente o acostada en una muy bonita cama metálica con adornos renacentistas.

La extraña alcoba es como una capilla más de aquella Casa, y a ella acude la Comunidad en uno de sus rezos antes del retiro de la noche.

La misma imagen y lecho se exponen al público durante nueve o diez días al año solamente, coincidiendo con la fiesta de la Asunción cada mes de agosto.

Bajo el coro de la iglesia herreriana o, mejor dicho, de Francisco Mora, arquitecto que ideó casi todos los edificios monumentales de Lerma contemporáneos al Duque, existe una cámara con rejas. Se incomunica o viceversa con la nave principal del templo mediante un grueso ventanal dorado con adornos barrocos.

Allí trasladan para su exposición a la Virgen. Pasada esa época retornan la imagen a su celda habitual, una más del convento, semejante a cualquier otra de sus hijas o sus hermanas Clarisas.

Resulta tal escenario folklórico religioso una manera original de evocar el tránsito o la Asunción. La Virgen muere al terminar la canícula estival. Sin embargo, las Franciscanas de Lerma demuestran su deseo de retenerla enferma sin dejarla despegar de la cama. ¿Qué pensarían los pujantes y vaporosos ángeles del Greco?

Tras de haber obtenido una foto de tan original devoción, conseguí que me concediese una entrevista, en el locutorio, la hermana tornera que, por ser esta —hermana o madre— una de las más antiguas entre las 38 actuales que componen la Comunidad, podía, sin duda, suministrar a mi curiosidad (en esos momentos, a lo sumo, mucho más de reportero que de investigador), datos o anécdotas acerca de esta casi pintoresca devoción. Por cierto que no es única, pues me afirmaron que otra hay semejante en las Clarisas de Zarauz (Guipúzcoa).

La cabeza y las manos de la Virgen de Lerma datan, según la tornera, desde la misma fundación de la Casa. A primera vista y bajo las ilumina-

ciones de neón actuales, con su vestido este año, creo que recién estrenado, y su tamaño rigurosamente natural se diría una figura de museo de cera. Está, no obstante, tallada en madera (manos y cara) y son, indudablemente, una acertada obra de arte, propia de la imaginería castellano-leonesa del siglo XVII. La expresión de los ojos es de un realismo místico, muy del gusto del barroco. Ha debido, sin embargo, de sufrir muchos retoques, restauraciones o simples lavados, por lo que no me atrevo —salvo lo manifestado por la tornera— a formular un juicio.

La misma hermana me contó algo así como milagros atribuidos a la Virgen de la Cama en pro de su Comunidad, especialmente con monjas enfermas o víctima la Casa de acusados apuros temporales. Pero la más destacada intervención tuvo lugar durante la invasión Napoleónica en su estancia y paso por Lerma:

Un regimiento de Dragones había ocupado la pequeña ciudad del Arlanza, reducto contra el teatro, próximo a la sierra, de los guerrilleros.

Encontraron, tales soldados, muy apto el convento de las Clarisas para transformarlo en hospital militar. De esta dedicación sanitaria ya tuve yo ocasión, hace unos quince años, de descubrirla y darla a conocer en este mismo boletín de Fernán-González (núm. 150 del 1.º tomo 1960).

Cuando nuestra Casa se requisó —seguía con su relato la madre tornera— nos enviaron al monasterio de Dominicas de San Blas, junto al Palacio del Duque. Según figura por transmisión oral y por anotaciones de nuestras antepasadas, el médico militar o capitán de Dragones que, efectivamente, había ordenado la requisa, eligió para sí, por encontrarla muy apta, tanto la celda como la hermosa cama de la Virgen, aposentándose en tan sagrada habitación.

Desalojaron la venerada imagen, y tuvieron el poco respeto u osadía de depositarla, casi tirada en una cisterna de piedra o especie de pozo seco, que hasta hace poco existió en uno de los patios de este monasterio.

No llevaba demasiadas noches aquel oficial durmiendo en la cama de nuestra Virgen, cuando dicen que tuvo como una pesadilla. Apercibió en un sueño demasiado realista que su alcoba súbitamente se iluminaba acudiendo toda la Comunidad con cánticos a la Madre de Dios. Incluso reconoció al capellán que con un hisopo y agua bendita asperjaba o rociaba el lecho. A los pocos días volvió el capitán a experimentar el mismo sueño. Una tercera vez —persuadido de que no dormía— al repetirse el hecho, tuvo aquel hombre la evidencia de que le estaban jugando una pesada broma, pero al intentar reaccionar colérico ante esas formas reales o fantasmales, se desvanecieron éstas sin dejar rastro.



Aseguraron los centinelas que nadie penetró durante la noche, ni mucho menos cabía posibilidad de que pudieran hacerlo tantas monjas. Es verdad que hubo entonces, y ha vuelto a restaurarse en nuestros días, un pasadizo o galería que permitía la comunicación del Convento con la Colegiata, la que a su vez, en aquella época se unía con el Palacio y las monjas Dominicas; sin embargo, esos accesos se hallaban no solamente cortados, sino también, vigilados.

Torturada la mente del capitán en malos presagios, víctima de supersticiones o de sobrenaturales temores que hasta entonces jamás había sentido, decidió lo antes posible que sus tropas evacuasen el convento, incluso con sus heridos y enfermos. La Virgen, según reflexión de la religiosa tornera, había conseguido una vez más, pero desde Lerma, aplastar en pesadillas nocturnas la cabeza del «Dragón» bíblico.

Podéis apreciar en la fotografía que acompaña este artículo la bellísima cara de la Virgen, sus manos pródigamente ensortijadas; sus cabellos reales de un rubio transparente encantador. —Hay unas monjas que con regularidad se encargan del peinado—; su cuello esbelto y elegante (de garza que diría el arcipreste de Hita); su vestido rosa pálido y zapatillas bordadas, estrenadas este verano, tocando la media luna, símbolo inmaculado de espacios siderales de la Madre del Universo (véase Apocalipsis), que esta vez, todo él humildemente reposa sobre una cama; el lecho que hemos dicho de metal dorado cuya contemplación merece la pena durante el mes de agosto de visitar Lerma.

PROSPERO GARCIA GALLARDO